

SU ARDUA PEREGRINACIÓN EN LA FE Y EN EL AMOR



Luisa de Marillac nació en París (Francia) en 1591. Fue hija natural de Luis de Marillac, señor de Ferrieres-in-Brie y de Villiers Adam, y de una joven desconocida. Hasta los 13 años fue educada como una niña noble en el Monasterio Real de Saint Louis en Poissy. Entre las religiosas se encontraba una tía suya quien le enseñó a leer, escribir, pintar y le brindó una sólida formación humanística.

Cuando murieron sus padres y su tía, Luisa entró bajo la tutela de su tío Miguel. Debido a la precaria situación económica de su familia la joven experimentó en carne propia las carencias materiales y aprendió los quehaceres del hogar. Su condición social de “señorita pobre” produjo en Luisa un complejo de inferioridad, que arrastraría durante unos años.

Durante su juventud frecuentó el convento de las hermanas capuchinas en Fauborg y sintió inclinación hacia la vida religiosa. Sin embargo, su director espiritual negó su entrada al convento porque la salud de Luisa era frágil. La convenció de que optara por el matrimonio diciéndole que “Dios tenía otros planes para ella”.

En 1613, Luisa de Marillac se casó con Antonio Le Gras con quien tuvo un hijo. Antonio cayó gravemente enfermo.

En 1616 conoció a San Vicente de Paul, quien se convirtió en su confesor, aunque al inicio no quiso. San Vicente en aquel tiempo estaba organizando sus «Conferencias de Caridad», con el objetivo de mejorar la situación de miseria en el campo y para ello necesitaba alguien que infundiera respeto y que tuviera empatía y la capacidad de ganarse los corazones de la gente.

Conforme San Vicente fue conociendo más profundamente a Luisa se dio cuenta que ella era la persona que buscaba para dirigir su obra. Cuando su esposo murió, ella comprendió que Dios le hacía un llamado grande y especial. En 1629, fue enviada para visitar «La Caridad» de Montmirail y durante ese tiempo realizó otras visitas misioneras. Mademoiselle Le Gras realizó estos viajes sin importarle los sacrificios que debía hacer ni su salud.

Cuando San Vicente le pidió formar un centro de entrenamiento para jóvenes. Luisa puso a su disposición la casa que había alquilado para residir luego de la muerte de su esposo. Allí acogió a cuatro candidatas que fueron instruidas por ella para el servicio de los pobres y enfermos. En 1634, redactó la regla de vida que deberían seguir los miembros de la asociación. Cuando San Vicente obtuvo el permiso de la Santa Sede para formar una congregación, este documento se convirtió en el estatuto de las “Hermanas de la Caridad”.

Durante el desarrollo de todos los proyectos, la santa llevaba más carga que los demás y se preocupaba en ser un testimonio vivo de la preocupación de Cristo por

los enfermos y marginados. En Angers se hizo cargo de un hospital terriblemente descuidado y en París cuidó a los afectados por la epidemia. También socorrió a las víctimas de la “Guerra de los 30 años” y se ocupó de los afectados por la violencia que se vivía en París. Pese a su delicada salud, siempre estuvo presta al servicio y emanaba entusiasmo y alegría. Y para remediar a los necesitados las Hermanas recorrían aldeas y ciudades con este fin.

En sus últimos años de vida debió reposar porque su enfermedad le impidió desplazarse. Sin embargo, su alma estaba en paz y sintió que el trabajo de su vida había sido maravillosamente bendecido. Nunca se quejó y decía que estaba feliz de poder ofrecer este último sacrificio a Dios.

Antes de partir dejó este mensaje a sus hermanas espirituales: «Sed empeñosas en el servicio de los pobres... amad a los pobres, honradlos, hijas mías, y honraréis al mismo Cristo». Santa Luisa de Marillac murió el 15 de marzo de 1660; y San Vicente la siguió al cielo seis meses después.

Fue canonizada el 9/5/1934 por el Papa Pío XI. En 1960 San Juan XXIII la nombró patrona de los asistentes sociales.

(ACI)

LA LITURGIA CELEBRA SU SANTIDAD (9 de mayo)

En verdad es justo y necesario darte gracias y ofrecerte un himno de bendición y alabanza, Padre santo, Dios fiel y misericordioso, y celebrar en la bienaventurada Luisa tu admirable caridad. Porque a ella le enseñaste a mirar de tal modo la indigencia de los pobres que llegara a ser testigo de tu amor en el mundo; y a tu familia, que hoy se alegra con esta festividad, la invitas a seguir las máximas evangélicas de la caridad para instaurar el reino de la justicia y el amor cristiano. Por eso, unidos a los coros angélicos, te aclamamos llenos de alegría.. (Del prefacio, propio de la CM)